

DECLIVE

FELIPE VÉLEZ

Desperté, como quien vuelve en sí tras un súbito desfallecimiento, sin despojos de sueños bailoteando por mi mente, ni recuerdos de un reciente proceder. No respiraba, lo sentí de inmediato, y preso fui de un terror inefable, mas, por inexplicable que pareciese, y a pesar de la ligera sensación de ahogo, aquello no ejercía efecto mortal sobre mí. Mis ojos estaban cerrados, incapaz de abrirlos, descubrí que ninguna parte de mi cuerpo respondía y que sobre mí había una masa dura, fría y pesada, que me oprimía el pecho. ¿En dónde me encontraba? ¿Por qué estaba allí? ¿Quién era yo?

Sumido en mis cavilaciones, hurgué en vano en la profunda sima de lo ignoto, buscando respuestas que no encontraba. En mi interior se revolvía un gemido iracundo, el brusco movimiento de un clamor confinado, el propósito de la existencia de un eco bañado de temor, que buscaba, con ahínco, escapar de mis entrañas.

Privado de toda imagen y con el silencio como única compañía, el tiempo se tornó confuso, entrelazándose los segundos con los minutos y las horas con los días y, ante la ausencia del sueño, la percepción del mismo se perdió entre la espesa niebla de la nada. ¿Llevaba así, despierto y solitario, días, o acaso meses? Imposible me era saberlo.

Además de la vista, mis otros sentidos parecían estar taponados o sellados por una sustancia dura y pegajosa, hasta el momento en que una leve merma en la presión de mis oídos me sacó de aquella sempiterna monotonía. Intenté despegar mis párpados aún pegajosos, ansí percibir el esperanzador sonido que el aire perpetuase e insistí en abrir mi boca todavía sellada; empero, los esfuerzos resultaron vanos y desistí, exhausto, aunque la presión amainaba paulatinamente. Poco a poco llegó la libertad a mis sentidos.

Lo que oprimía mi pecho parecía ser una masa de nieve, y rogaba a los dioses para no estar sepultado a gran profundidad. Lo siguiente fue mover el resto de mi cuerpo, ya sin pensamientos concretos, impulsado por un instinto de supervivencia inagotable. Aquella fue una faena dolorosa, mas, ya conseguida, mediante movimientos de las muñecas y forzosos ajetreos de los dedos, excavé hasta que mis brazos alcanzaron mejor desenvoltura, pudiendo moverse con libertad, llegando pronto hasta la superficie, y agradecí a Veyah por su benevolencia. Así, pues, obtuve el espacio necesario para salir.

La negrura absoluta, el ausente roce del viento, la humedad que se olía y el sonido inexistente, me llevaron a la conclusión de que podría estar dentro de una caverna. *«Alguna vieja*

mina, ahogada bajo los escombros de la montaña», pensé, con cierta desesperanza.

Al ponerme de pie un dolor me asaltó, mis rodillas se doblaron y caí con brusquedad. Permanecí inmóvil, meditando sobre mi situación. *«Innegables los designios divinos son e incomprensible para los hombres el mundo es. El escurridizo recuerdo de mi persona se pierde entre los blancos laberintos de mi memoria, que recorro con presura, pues no hay pasado que reconforte o martirice a este desventurado hombre; ausentes son los rostros y privadas las emociones de antaño, mas indudable es la sapiencia mundana y el conocimiento divino que me acompañan...».* Aquellos pensamientos fueron interrumpidos por el crujir de mis costillas y una involuntaria inhalación de aire gélido, que quemando mis pulmones se expandía por todo mi torso.

Debía encontrar una salida. Al levantarme, mis rodillas ya no cedieron, aunque caminaba con torpeza. Dos, tres pasos, descanso; cuatro, cinco, seis pasos, descanso. Tropezaba contra las rocas, caía de bruces, gritaba, sollozaba, maldecía, revolvía en mi ser por una brizna de bravura que me brindase la fortaleza necesaria para seguir adelante.

Cuando mis movimientos adquirieron mayor soltura, aumenté, con entusiasmo, la velocidad de mis pasos. Pronto debía llegar a un extremo y rogaba a los dioses que me guiasen en la dirección correcta; empero, choqué abruptamente contra lo que parecía ser un muro de roca, cayendo de espaldas, palpé mi rostro, que encontré intacto, sin sangre ni dolorosos hematomas. Así, pues, me puse de pie y comencé a tantear en busca de alguna abertura por donde pudiese continuar, hasta entender, con angustia, que había encontrado un final sin salida.

Abrumado por el silencioso lenguaje de las tinieblas, cuyas amorfas palabras bailoteaban en el bullicioso festival de mi cabeza, exhortaba a los dioses por fuerza y valor, hallando, por lo contrario, cólera y turbación y, asaltado por un vigor repentino, caí en una alienación de abrupta ira, que me conllevó a lanzar puntapiés y puñetazos contra el indeseado muro. Y partí hacia la dirección contraria, aferrándome cuanto podía a la esperanza de que allá, en lo desconocido, encontraría una salida.

Un temor se apoderó de mí, a saber que consideré que aquella no fuese una antigua mina, sino un profundo túnel cuyo camino me conduciría directo hacia el averno, donde Azael, en su crudeza, daría a sus demonios la orden de sujetar mi cabeza, piernas y brazos, para que abriesen mi boca y así él, el dios del castigo, metiese en mis fauces sus sucias, rancias y afiladas pezuñas, sus peludas, largas y prietas patas, su azul y hercúleo